

condición básica del espectáculo de fútbol en directo, en el campo, del que está habituado a ir al campo de fútbol. Pero, hoy en día, la mayor parte de los aficionados, yo me incluyo, vamos al campo cuatro o cinco veces al año, y algunos nunca. Hay mucha gente que es aficionada al fútbol, que discute las alineaciones de Clemente, que se mete con los comentarios de los periodistas, etc., y no han ido nunca a un campo de fútbol.

¿Y qué pasa ahora con esos jugadores que no pertenecen a esa cultura de la imagen, que son jugadores a los que la cámara no busca, porque son jugadores que muchas veces juegan sin balón? Cuando se ve el esfuerzo de Fernando, que sube desde el centro, que mete diez o doce goles todos los años, y que todos los años es capaz de subir cuarenta o cincuenta veces a meter la cabeza en el segundo palo, y estar ahí, eso, pues el señor que no es aficionado al fútbol, que no va al campo habitualmente, nunca lo puede ver en televisión, porque la cámara no va siguiendo cómo sube Fernando, cómo vuelve a bajar, cómo intenta recuperar balones, cómo va al segundo palo. Eso no lo ves nunca.

Yo creo que el verdadero disfrute del fútbol está en ese primitivismo de los partidos de mi pueblo, esa experiencia directa e intransferible, ese ver todo lo que pasa en el campo al mismo tiempo, incluidas las lágrimas de la novia del portero.

Fútbol y literatura

A. CAPPA: El que fue capitán del equipo de fútbol de la Facultad de Letras de la Universidad de Bolonia, Pier Paolo Pasolini, dijo que el fútbol es un sistema de signos, por tanto es un lenguaje. Pasolini no fue el primero en encontrar puntos en común entre la literatura y el fútbol. En los años treinta, en Argentina, había un extremo izquierdo, muy habilidoso, al que llamaban «el poeta de la zurda». Su nombre era Enrique García, pero fue mucho más conocido como «chueco García», y una vez, después de uno de sus brillantes poemas escritos en el césped, volvía de la jugada arrastrando los pies por donde había pasado. «¿Qué hacés, chueco?», comentan que le preguntó un compañero de equipo. «Borro las huellas –dijo el chueco García– para que no me copien». Pasolini no conoció al poeta de la zurda, pero, de todos modos, supo distinguir entre un fútbol fundamentalmente poético y otro fútbol prosístico. El fútbol en prosa sería el de la escritura correcta, académica, y el poético el que está más relacionado con el chueco García, la imaginación, la fantasía, la improvisación. También decía Pasolini que el goleador de un campeonato es siempre el mejor poeta del



año. Para él, cada gol es una invención, es siempre una subversión del código, es fulguración, estupor. Juan José Hernández, un escritor argentino actual, no habla de fútbol, habla de literatura, cuando dice que la literatura para él es, sobre todo, voluntad estética. Comenta Hernández que hay un cuidado en el estilo, en la elección de la palabra justa, en el ritmo de la frase, «se trata –agrega– de transmitirle felicidad al lector». Para mí, también el fútbol es, entre otras cosas, voluntad estética; hay en el fútbol un cuidado en el estilo, por lo menos en el buen fútbol, y si el escritor se esmera en elegir la palabra justa, el jugador se empeña en encontrar la jugada justa. La frase tiene un ritmo, y el juego también, que hay que respetar si queremos jugarlo bien. Finalmente, el fútbol, igual que la literatura, trata de transmitir felicidad, sobre todo si ganamos. Precisamente, el buen fútbol y la literatura comparten así el cuestionamiento del utilitarismo.

JORGE VALDANO: Vamos a ganar la línea de las juntas, como sugiere Ángel, como siempre brillante. Mientras citaba a autores, me imaginaba un fútbol hecho de aficionados como Eduardo Galeano, que mendigarán una buena jugadita, por favor. Si todos fueran como Galeano, sería muy fácil encontrar jugadores como Garrincha, pero estamos empezando a sospechar que los Garrinchas ya no son posibles. Por un exceso de originalidad, por un exceso de talento, por un exceso de subversión, yo creo que no le darían hoy permiso a Garrincha para expresarse con la naturalidad y hasta con la irresponsabilidad con la que jugaba. Cuentan que cuando terminó el Mundial de Suecia, en que Brasil fue campeón, él dijo: «¿Pero qué campeonato es éste, que se juega a una sola rueda?». Lo estaba pasando bien, se estaba divirtiendo y, para él, ser campeón era lo de menos, él quería seguir disfrutando con el fútbol. Por otra parte, habría que aclarar que en aquel mundial por primera vez en la historia del fútbol, una selección llevó un psicólogo. La intervención del psicólogo es olvidable: recomendó al seleccionador que no pusiera a Garrincha porque no estaba dotado para enfrentarse a las grandes responsabilidades inherentes al gran espectáculo del fútbol. Al parecer, Garrincha tuvo que hacer un dibujo de un hombre, y lo dibujó con una cabeza inmensa, y el psicólogo le dijo, «bueno, pero no hay ningún hombre que tenga esa cabeza», y él le dijo, «usted, porque no conoce a mi vecino Joao». Una luz propia tan importante, yo creo que no podría ser hoy protagonista excepcional del fútbol, no lo dejarían ganar partidos, porque lo que hace falta decir, para terminar con Garrincha, es que fue el más eficaz de todos los jugadores del mundo, se dedicaba a ganar mundiales, nada menos. Y le siguen acusando de poeta y de irresponsable.